

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondientes al 11 de noviembre de 2014.

Amigos, un gusto saludarlos por este espacio y tengo la necesidad de tocar un tema de enorme profundidad en el devenir del Uruguay. Leer a don Pedro Figari, que hace tantos años decía algo que el país no quiso escuchar.

Decía don Pedro Figari: Es cierto que en las escuelas, liceos y universidades se enseña matemáticas, física, química, mineralogía, botánica y otras ciencias naturales. Pero no es menos cierto que se enseñan estas ramas con un propósito de diletantismo, para llenar una curiosidad especulativa que forma un barniz cultural y no prepara una cultura efectiva como lo sería un enseñamiento práctico integral.

Ese barniz, sin embargo, produce el espejismo del conocimiento; y los que poseen tal preparación, tan incompleta que solo habilita para perorar, no pueden discurrir acerca de los problemas que plantea diariamente la realidad, la que se estructura de un modo mucho más concreto. Hasta aquí, lo que señalaba, entre tantas cosas útiles en su tiempo, don Pedro Figari hablando de educación.

Lo cierto, lo innegable, es que desde siempre la educación técnica y tecnológica en el Uruguay, a lo largo de nuestra historia, ha ocupado un renglón menor si se la comparaba con el conjunto de los esfuerzos de las instituciones públicas dedicadas a la enseñanza.

La Universidad de la República y todo el sistema de educación primaria pública han tenido siempre un enorme respeto en la consideración del pueblo uruguayo y de las decisiones del Uruguay desde sus orígenes. La sociedad siempre ha reconocido —también su sistema político— la importancia que tenía la enseñanza.

Esto ha significado una actitud positiva dentro de las carencias de cada época para repartir los recursos públicos. Sin embargo, dentro de estos parámetros generales, la educación técnica siempre ha estado enfrentada a lo largo de su historia a la lucha por ganar un reconocimiento en esta sociedad, que terminó siempre valorando mucho más la enseñanza teórica, académica, que la formación de capacidades y competencias asociadas al mundo del trabajo, de la producción y del dominio de la tecnología.

Esto no quiere decir que la formación global no tenga importancia, quiere decir, y esta es la discusión más importante, que la hemos visto esquivada sistemáticamente en todos estos años que se discute permanentemente de enseñanza. En el Uruguay por el contrario a lo que pasa en un país desarrollado, la matrícula de los programas que tienen que ver con tecnología apenas ocupa el 20 o 21 % de la matrícula total, mientras que en un país

desarrollado anda entre el 40 y el 50 %. Este 20 o 21 % actual es a partir del salto de los últimos años, donde algunas matrículas como la de UTU se duplicaron, pero está lejos, muy lejos de representar lo que necesita el país.

La academia plantea por todas partes que, por ejemplo, el país tiene que luchar por industrializarse, sin entrar a discutir qué significa “industrializarse”, que el país tiene que diversificar su oferta, que el país necesita profesiones y ocupaciones que tengan ingresos superiores y que, por lo tanto, en el nivel de su trabajo hacia el exterior se venda la mayor cantidad posible de trabajo calificado.

Sin embargo, sin entrar a discutir esta afirmación tan corriente, tan común y tan de la mano a aumentar la oferta de valor agregado, la verdadera coherencia de este mensaje estaría por empezar por entender que las matrículas que tienen que ver con la formación técnica deben explotar en el Uruguay y que, en definitiva, el esfuerzo que ha hecho en los últimos años la Universidad de la República tratando de crear nuevas asignaturas, muchas de las cuales se dan en el interior, y la explosión de la UTU, siendo muy importante, más la fundación de la UTEC. Hacía más de 160 años que en el Uruguay no se fundaba una universidad.

Esta UTEC que está arrancando hoy, de todas maneras, en primer término llegamos tarde y llegamos atrasados y si bien el problema de la enseñanza no se arregla con plata hay que empezar por entender que la enseñanza tecnológica es más cara porque necesita equipamiento, laboratorio, herramientas y necesita grupos pequeños y experimentación.

El Uruguay se ha venido refugiando en una enseñanza teórica basada en el pizarrón que cuesta poco y es mucho perorar y desde el punto de vista práctico, en el campo del trabajo, esta discusión que lleva cerca de 100 años —porque esta discusión ya la dio el Uruguay y don Pedro Figari la perdió, el Uruguay no lo acompañó— se sigue manteniendo hoy en un proceso de discusión electoral.

Realmente este tema cuando se le cargan las tintas a la enseñanza no se asume la responsabilidad de dirección que ha tenido el Uruguay en esta materia desde hace tantos años, que hizo una reforma en la década del 60, cuyo esqueleto se mantiene hasta hoy y donde prácticamente la enseñanza tecnológica, desde el punto de vista de los niveles elementales, quedó relegada a que si los chicos fracasan en Secundaria que vayan a la UTU.

Esta visión peyorativa de la formación tecnológica retaceó recursos económicos a la hora que había que repartir, no estableció prioridades y no ha trabajado en el sentido de que un país que quiere modernizar su economía y aumentar su calificación tecnológica permanentemente debe empezar por reflejar esa decisión primero en el campo de la enseñanza.

De las nuevas decisiones que tome el país en materia de gobierno surgirá un nuevo presupuesto y en ese presupuesto seguramente se va a discutir cuánto se asigna a la enseñanza, pero la gran discusión debe estar —en nuestra humilde opinión— en cuánto se asigna deliberadamente a la enseñanza tecnológica, cómo se empieza por amparar, propiciar y priorizar a la enseñanza tecnológica en todos sus niveles y empezando por UTU y cuánto se asigna al otro conjunto de la enseñanza.

Es, precisamente en esa discusión, en ese reparto de recursos presupuestales, donde se puede dibujar el camino del futuro del Uruguay. Hablar de industrializar al Uruguay y no resolver el problema de la energía eléctrica previamente, el problema del gas y el problema de la calificación de sus trabajadores puede ser una buenísima intención, pero debe reflejarse en estas cuestiones que son fundamentales y que resultan determinantes. Por eso, creemos que esta discusión no estará completa si no se decide históricamente por darle una parte de razón definitiva a don Pedro Figari en su vieja discusión.

El problema está planteado y está desafiante y más, si me he comprometido a continuar en la lucha, a ocupar el lugar que el pueblo uruguayo me asigna, es por considerarme actor en esta lucha que es difícil, que es dura, que necesita convencer, que naturalmente no puede llevarse a nadie por delante, pero el Uruguay definitivamente tiene que entender que necesita priorizar por encima de lo teórico, de la especulación, de la capacidad “directante”, la formación de carácter tecnológica unido a los procesos productivos, la innovación, a la creatividad científica. Esta es la enorme diferencia que el Uruguay tiene en la formación de su gente con los países desarrollados.

No podemos equiparar un país como Nueva Zelanda teniendo todas las condiciones para hacerlo si no nos damos cuenta que en definitiva este es un capítulo fundamental de la creación de la historia del futuro del Uruguay. Desgraciadamente los obstáculos son inmensos porque hay una especie de remanente cultural que termina oprimiendo y determinando la conducta de la gente joven y es, precisamente, los parámetros y el encuadre sociológico en que hemos caído como sociedad en la consideración de la formación técnica.

Una vez más, repito, también las manos piensan, también hay formación cultural por el camino de la tecnología y del conocimiento científico. No podemos seguir considerando este como un capítulo secundario en un mundo crecientemente de explosión tecnológica, técnica y científica como el que estamos viviendo hoy.